

# DE DELAWARE A TIBÚ

Por **Fabio Fandiño Pinilla**

*La Opinión*

*Fotografías de*

**Schneyder Mendoza  
y Rodrigo Sandoval**

**UNA DESVENCIJADA LÁPIDA** de mármol grabada con el nombre Martín Seay Junior en el viejo cementerio de Tibú es la única referencia de lo que fue la llegada de estadounidenses a las selvas colombianas del Catatumbo, cuando seducidos por la riqueza petrolera iniciaron casi medio siglo en el que fueron amos y señores de esta región fronteriza con Venezuela.

La tumba de Martín no corresponde, sin embargo, a ninguno de los cientos de ingenieros que entre 1931 y 1975 convirtieron el Catatumbo en una especie de protectorado de la South American Gulf Oil Company (Gulf), nombre que en perfecto inglés pronuncian muchos acá cuando echan mano de la catarsis como paliativo a sus males, los mismos que ahora hacen que el pueblo salga cada noche en los noticieros de televisión.

De hecho, no hay en el camposanto de Tibú otra bóveda marcada con apellidos anglosajones, aunque se calcula que no menos de una decena de técnicos estadounidenses murieron en esta colonia forjada al amparo de la fiebre del oro negro que se apoderó de la Sagoc, sigla de la multinacional que sigue esculpida en la mente de los tibuyenses.

Al igual que el resto del pueblo, el cementerio no es ajeno a la decadencia que brota por doquier. A punto de ser devoradas por las grietas, las marmoleas placas mortuorias apenas dan pie para comprobar que muy cerca de allí, 1931 fue el año cero del imperio de riqueza y poder creado por y para la Colombian Petroleum Company desde Delaware, en la costa este de Estados Unidos, a 10.000 kilómetros de Tibú.

Semejante distancia era sorteada por la compañía cada vez que enviaba los equipos y repuestos necesarios para que sus técnicos siguieran taladrando en el Catatumbo. No hay duda en que de aquellos paquetes despachados desde la oficina postal en Wilmington –con destino a Tres Bocas (Cúcuta, Colombia, South America)– surge el nombre de Tibú, el sonido que obreros y colonos de la región

asimilaron erróneamente a la forma abreviada en que los estadounidenses se referían en su idioma a Tres Bocas cuando pronunciaban solo la T y la B, las iniciales de aquel caserío que por primera vez veía dibujado en su paisaje la silueta de una torre de perforación petrolera.

Y aunque la huella dejada en la selva por los ejecutivos de Delaware no se limita a la nomenclatura de un pueblo que pareciera jactarse del apellido Seay, el esnobismo de su genealogía es solo eso: un anglicismo cautivo en la mente de los tibuyenses, tan propensos a recordar que en sus “buenos tiempos” el pueblo tuvo dos aeropuertos, un hospital de campaña, una línea de ferrocarril que lo unía con Cúcuta, un enjambre de planchones estacionados prestos a entrar en el tupido paisaje fluvial venezolano, enormes barracas para los trabajadores y, sobre todo, casas con anjeos como réplicas tropicales de las granjas mosquiteras del Misisipi.

La tumba de Martín Wade Seay es solo una demostración de lo perenne que resulta el árbol genealógico, y aunque todos en el pueblo recitan la azarosa historia de su vida como la del indio motilón bondadosamente adoptado por un campamento de ingenieros estadounidenses, nadie sabe –y ya no hay manera de saberlo– cuándo ni dónde nació, razón suficiente para entender la razón por la cual Martín nunca tuvo cumpleaños, así como jamás supo su verdadera edad. Cuando sobrevivió en febrero de 1939 a la masacre de su tribu perpetrada por petroleros estadounidenses y colombianos, su menuda figura, plena de una viveza imposible de sustraerse, hizo estériles los cálculos de sus verdugos para legarle siquiera una edad, por aproximada que fuera.

Pero quince años después de la muerte de Martín en febrero de 1998, la memoria de los tibuyenses se resiste a ser diluida entre el ruido de las motocicletas y el bullicio de los vendedores ambulantes que vocean sus artículos de contrabando en la calle principal del pueblo. Algunos recuerdan como si fuera ayer que la historia del indio Martín Seay está anclada en la de otro Martín Seay, ese sí norteamericano, superintendente del campamento petrolífero de Río de Oro, en la parte más nororiental del Catatumbo.

Nacido en la pequeña localidad de Kennedy (Texas) y conocido con el sobrenombre de Pop, este otro Martín hizo parte hace 74 años del oprobioso ejército privado que en minutos diezmó con sus fusiles las rancherías de los indígenas, cuando acibillaron incluso a mujeres y niños. De una de esas casas semejantes a un gigantesco cono de paja invertido saldría despavorido un niño –dicen que el más pequeño– para adherirse a la pierna de su victimario.

Agotados por la faena criminal, tanto norteamericanos como colombianos optaron por indultarlo, luego de lo cual, ya en las barracas de sus agresores, le curarían la ingle y el brazo izquierdo para adoptar a partir de entonces una nueva vida, la ofrecida por su “benefactor”, responsable eso sí de que el indio Martín Wade Seay pasara los siguientes sesenta años en brazos de la misteriosa “civilización” petrolera.

El campamento fue entonces su casa y los ingenieros, sus tutores. La mayor parte del tiempo la pasó en el caserío de Petrólea, a diez minutos de Tres Bocas, el primer pozo de exploración de la Colombian Petroleum Company y su socia, la South American Gulf Oil Company; allí donde grandes taladros traídos en

planchones desde el lago de Maracaibo hurgaban la tierra motilona en busca del líquido con que los estadounidenses combatían en 1939 la paranoia del desabastecimiento que les despertaba la nacionalización del petróleo mexicano por cuenta del presidente Lázaro Cárdenas.

Hoy los vestigios de aquel encuentro de culturas, si puede llamarse así, solo sobreviven en la mente de los jubilados de Colpet, la sonora sigla de la Colombian Petroleum Company que también da nombre al barrio cucuteño de pensionados que lo han convertido en una fábrica de recuerdos y añoranzas. No obstante, su sitio de reunión más emblemático es el Parque Santander, a unas veinte calles de ese otro barrio petrolero que es Colsag, nombre derivado de fusionar las primeras tres letras de Colpet con las tres primeras de la compañía Sagoc, siglas que junto a la Concesión Barco sirven de brújula a propios y extraños para sentenciar que Tibú, entonces corregimiento de Cúcuta, tiene más pasado que presente y que su mala suerte en el umbral del siglo XXI es solo eso: un infortunio del que cabe culpar a todos menos a los gringos.

Convertido en una suerte de diván del que fluyen, además de evocaciones, una que otra esperanza en que prosperen las demandas laborales contra Ecopetrol, el parque es también territorio de Hernán Durán Calderón, un jubilado santandereano que a sus 84 años no cesa de recordar que en 1948 hizo parte de ese primer contingente de desplazados colombianos a causa de la violencia política de los años cincuenta, cuando supo con su familia que a veces la palabra frontera es sinónimo de vida. En su caso, la diferencia entre vida y muerte le fue dada por esa frontera porosa de hoy, atestada de contrabandistas de gasolina y cambistas de moneda, que une y divide a Colombia y Venezuela a la altura de La Parada, último corregimiento nacional antes de ingresar a territorio extranjero. Pero, claro: como cualquier buque insignia, el símbolo de aquella tabla que hace 65 años salvó la vida de Hernán es aún visible en el atiborrado puente Simón Bolívar, en la autopista que une a Cúcuta con San Antonio, ya en el estado de Táchira (Venezuela), donde en las mismas astas inauguradas en 1941 por los presidentes Eduardo Santos Montejó y Eleázar López Contreras ondean las dos banderas frente a las cuales Hernán tiene dividido sus afectos. Pero sentado en su casa construida en Cúcuta por la petrolera, ya en los años sesenta cuando las cosas mejoraron un poco para todos, este extornero de Sagoc describe a Martín como un indio muy bueno para todo cuanto le pusieran a hacer, tanto en el campamento como en los pozos, desde mover las válvulas de las perforadoras hasta patear el balón cuando jugaba fútbol en el equipo de los gringos.

Por supuesto, era claramente distinto a todos ellos, quienes no se preocupaban por tratar de hablar español. ¿Para qué hacerlo si tenían a Mr. Jack Green, el único bilingüe por esos días de febrero de 1941, cuando Martín fue enviado a la escuela?

Una foto de Martín tomada el día de su primera comunión junto a sus padrinos Helen Short, de Omaha, y Alfonso Briceño, jefe del campamento de Petrólea, es hoy una imagen muy familiar a muchos ex trabajadores petroleros, pues no en vano esa y otras instantáneas de la vida de Martín hacen parte del acopio de recuerdos en papel que Hernán y otros pensionados, como Parmenio López Cárdenas, guardan entre sus cosas.

“A él lo quisimos mucho, gringos y colombianos. Como hablaba inglés, podía entrar al restaurante de los norteamericanos y los apoyaba en todo”, recuerda Hernán, recostado en la mecedora del porche de su casa. ¿Y los motilonos? ¿No eran acaso sus hermanos? “Él realmente nunca supo quién fue. No hablaba barí: solo inglés y español”, dice Parmenio, reforzando la leyenda de que incluso le temía a los indios, como quiera que subía los vidrios de la camioneta y se rehusaba a salir de ella cada vez que la avanzada de ingenieros y administrativos salían con sus armas a prevenir ataques flecheros de los indios.

De esos ataques solo quedan las fotos que el diario *Comentarios*, de Cúcuta, sacaba con regularidad en los años treinta con cierto morbo periodístico. La instantánea de un obrero parado sobre la plataforma del tren, con su tórax atravesado por un arpón cuando es llevado al hospital donde finalmente murió, es quizá la más conocida entre los jubilados de la Colpet, sin que se sepa cuál es la obsesión que Parmenio o Hernán, entre otros pensionados, profesan por aquella imagen. ¿Morbo? ¿Machismo acerca de cuán valientes fueron aquellos obreros tostados por la canícula a la hora de sacar el petróleo? Sin respuestas certeras, las hipótesis mutan a que la conservación de aquella fotografía responde a esa especie de identificación que todos parecían tener con esa epopeya que significaba extraer el crudo a 38 grados centígrados en una tierra infestada de peligros.

Con todo, pocas cosas recuerdan en Tibú que hace más de setenta años las intrigas de la Colombian Petroleum Company y la South American Gulf Oil Company tenían por escenario estas selvas habitadas por feroces aborígenes, en cuyas profundidades los depósitos de petróleo y gas despertaban la codicia de los Rockefeller, Vanderbilt, Morgan y cuanta acaudalada familia de Delaware, Ohio o Nueva York pusiera sus ojos en la franja de tierra tropical ubicada entre Colombia y Venezuela.

Claro que a partir de la tarde en que el poblado de Martín fue arrasado por cinco norteamericanos y siete colombianos, surgirían otras fotos a medida que el chico iba creciendo en medio de aquella civilización blanca. Guardadas en una caja de cartón amarrada con cinta, en su mayoría están a salvo en la casa donde Ana Dolores Lemus, la viuda de Martín, vive hoy en Tibú, junto con su hija Marta y su nieto Martín, de 14 años. De todos ellos, Marta –profesora de primaria en el colegio público de Bertrania, a diez kilómetros del pueblo– es quien funge de guía para ponerles fechas y lugares a las fotografías de su padre, colgadas casi que a modo de altar en la pared de la sala.

Destaca entre ellas la tomada el día de la masacre, en la que Pop Seay hala del brazo al muchacho motilón para sacarlo del matorral al que huyó tras el espantoso crimen. Junto a ella, a la izquierda aparece ya montado en un triciclo en los andenes del jardín del campamento de Petrólea, y a la derecha, una reveladora foto del motivo por el que seguramente Martín nunca renegó de sus tutores: la de un desconocido ingeniero norteamericano que acurrucado a su altura enseña al pequeño un mono encadenado al eje de un camión.

Tomadas entre 1940 y 1941, estas imágenes antecedieron la inestable vida académica de Martín: “Del colegio de Pamplona, donde estuvo interno, lo echaron por pegarle a un cura, y en el internado en Barranquilla tampoco se amañó”, dice

Marta, quien a sus 50 años recuerda los esfuerzos que hacía su padre por enseñarles inglés a ella y a sus otros dos hermanos: Martín y Julio Alberto Seay Lemus. Y aunque no tiene claras las circunstancias en que él dejó el colegio en Barranquilla, a donde fue llevado por la Colpet para concluir sus estudios secundarios, Marta supone que el temperamento rebelde de su padre bien podría ser la causa de haber pasado por varios colegios a lo largo de su vida escolar.

¿Guardó Martín algún resentimiento por lo que le hicieron los norteamericanos a su familia? Marta está entre quienes creen que no. “Siempre fue agradecido con ellos; los quería, tal vez porque, según él decía, fueron buenos con él”, comenta su hija en la sala de profesores de la escuela rural de Bertrania. ¿Y en cuanto a Marta? “No soy una persona rencorosa, pero a veces si siento tristeza por lo que hicieron con mi abuela”, dice esta mujer nacida en 1963, dos años después de que Martín desposara a su madre, Ana Dolores, en Convención (Norte de Santander), el pueblo en el que la pareja vivió un año más antes de trasladarse a Tibú, donde luego de 36 años Martín moriría el 12 de febrero de 1998.

Pero más allá del orgullo que muchos parecen sentir porque uno de los suyos lleve el apellido Seay, aunque sea de sangre motilona, los tibuyenses tienen en la viuda de Martín, a pesar de su discreción, el testimonio de lo que pasó con aquel pequeño motilón atacado a bala por los petroleros de la Gulf. “La viuda no ha muerto. Sale poco, pero está bien. De ella están muy pendientes los dos hijos que son maestros de escuela rural”, dice el pensionado Horacio Sepúlveda, en el antejardín de su casa situada justo en la calle que metros más adelante se eleva en dirección a los barrios petroleros del pueblo. No hay consenso en Tibú acerca de lo que quedó de la bonanza petrolera del siglo pasado. Los vestigios se reducen a lo que –con todo y su decadencia– son esos tres barrios encaramados en la colina nororiental del pueblo: el de los técnicos estadounidenses, de estilo californiano; el de los oficinistas, mucho menos ostentoso, y el de los obreros, con sus minúsculas casas que mejoraron ya en los años sesenta las duras condiciones laborales de los trabajadores de la industria petrolera. Sin embargo, no es el pasado de Tibú lo que hoy desvela a sus habitantes, sino un azaroso presente de paros agrícolas, sembradíos de coca y violencia paramilitar y guerrillera, además del azote de contrabandistas. Pero un poco de historia no está mal. Al fin y al cabo, este poblado con ínfulas de ciudad –el mismo cuya riqueza petrolera desató tantas intrigas como para provocar en 1932 acusaciones de corrupción contra el entonces secretario del Tesoro de Estados Unidos, Andrew Mellon– podría hacerse acreedor de las palabras que el uruguayo Eduardo Galeano utilizó en uno de sus viajes a Bolivia: “El mundo debería empezar por disculparse con Potosí”. Y del mismo modo que lo que merece aquella fría y castigada ciudad de los Andes bolivianos, cuya montaña de plata fue saqueada por los españoles a costa de la explotación de los indios, bien podría pensarse que Delaware le debe hoy una disculpa a Tibú.